



Fotografía: José Garrido

Francisco de Goya y Lucientes

(Fuendetodos, 1746–Burdeos, 1828)

Retrato del Duque de San Carlos

1815. Óleo sobre lienzo

Depósito: Confederación Hidrográfica del Ebro (Canal Imperial de Aragón)

Historia de la obra

José Miguel de Carvajal, Vargas y Manrique (Lima, 1771–París, 1828), duque de San Carlos, conde de Castillejo y del Puerto, es un destacado personaje vinculado a Fernando VII cuando éste es aún Príncipe de Asturias. Siendo por entonces su ayudante, está a su lado en el motín de Aranjuez contra Godoy y en la conspiración del Escorial. Se convierte en mayordomo de palacio cuando Fernando VII toma el poder, y en secretario de Estado cuando regresan a España en 1814. Los favores del monarca lo convierten en director perpetuo del Banco de España y director de la Real Academia Española.

Este retrato y el de Fernando VII, son encomendados a Goya por la Junta del Canal Imperial de Aragón al regreso de Fernando VII del exilio por Real Orden de 1814. Es Don Martín Garay, protector del Canal, quien salda la cuenta de 19.080 reales con Goya y quien recibe los dos retratos, una vez concluidos. Se colocan en la Casa del Canal, situada en la plaza Santa Cruz de Zaragoza, concretamente en la Sala de Protección, después llamada despacho del Ingeniero-Director. Dado que la relación de los personajes con el Canal Imperial de Aragón no parece resultar digna de ningún retrato conmemorativo, es más probable que la vanidad del monarca motivase el encargo, por el que se ve favorecido su ministro.

Las obras permanecen en el palacio de la Casa del Canal hasta que en el verano de 1819 un incendio en los inmuebles contiguos hace que sean trasladados de urgencia al Casino Principal. El 20 de junio de 1921 se llevan en depósito al Museo de Zaragoza, y se instalan en la sala del grabado hasta la habilitación de la sala de Goya.

Análisis artístico

El retratado se muestra de cuerpo entero, ataviado con traje militar de color negro entorchado, medias blancas, un vistoso fajín rojo a la cintura y numerosas condecoraciones pendiendo de la casaca: el Toisón de Oro, la banda y la insignia de la orden de Carlos III y otras medallas. Con su brazo derecho sostiene el sombrero y una carta en la mano, mientras que la izquierda, más separada del cuerpo, se apoya sobre un bastón de mando, que otorga a la pose del duque un porte distinguido.

Es el rostro la parte mejor ejecutada de la obra. Goya la realiza a partir de un estudio del natural que se conserva en una colección privada de Madrid. De hecho, son visibles en el lienzo, bajo la cabeza, las marcas de lápiz que Goya ejecuta para dibujar la cuadrícula que emplea en el traslado del busto del estudio a la obra definitiva. El gesto de los ojos algo entornados, forzando la mirada como si estuviera enfocando para ver bien, evidencian su miopía, que le lleva a provocar la pérdida de su puesto como secretario de Estado, lo que alega su querido Fernando VII para incorporarlo después a cargos diplomáticos en el extranjero.

El rostro, visto de perfil, disimula este defecto y otros propios de su “no muy agraciado” físico, como la saliente mandíbula inferior o la nariz aguileña, que Goya plasma de forma atenuada dentro del dominante realismo. El punto de vista bajo que monumentaliza la figura, la noble pose y el elegante acabado de los detalles del atuendo, hacen de este retrato un claro agradecimiento por parte de Goya al modelo, pues éste fue quien había intercedido en su favor para exonerarle de las sospechas inquisitoriales.